

*Verdad religiosa frente a verdad de razón.
Un estudio comparativo entre Blaise Pascal
y Miguel de Unamuno*

Miguel Angel NÚÑEZ RIVERO

Le dernier acte est sanglant, quelque belle que soit la comédie en tout le reste: on jette enfin de la terre sur la tête, et en voilà pour jamais.

BLAISE PASCAL.

Si la razón me daña, quítame la razón y dame paz y salud, aunque sea en la imbecilidad.

MIGUEL DE UNAMUNO.

INTRODUCCION

No puede pasar inadvertida la coincidencia existente entre los «*Pensées*» de Blaise Pascal y algunos textos fundamentales de la obra de don Miguel de Unamuno. A menudo este paralelismo se ha insinuado, pero a nuestro juicio nunca se ha investigado seriamente sobre ello. Y esta coincidencia no solamente se lleva a cabo en lo que pudiera referirse a los planteamientos (lo cual tampoco hubiera sido demasiado sorprendente en filosofía), sino que el verdadero punto de engarce entre ambos pensadores se halla en el desarrollo vitalista de sus razonamientos.

Pascal y Unamuno constituyen dos islotes peculiares dentro del océano del pensamiento occidental. A veces han quedado apagados por la deslumbrante luz de otras figuras contemporáneas, desbordados si se quiere por los frutos filosóficos de sus respectivas épocas. Si en la Francia de Pascal existía un Descartes también en la España de Unamuno había un Ortega, y hacia ellos se ha desviado frecuentemente la atención de los historiadores. El sistematismo racionalista

y de corte gnoseológico ha ocupado sin duda los más altos lugares de valoración dentro de la especulación filosófica, con las excepciones consagradas de los «irracionalismos» y algún otro intento de filosofía vitalista. Sin embargo, consideramos que Pascal y Unamuno tienen la suficiente luz propia para erigirse en astros independientes dentro del universo del pensamiento filosófico.

Unamuno no encontró por casualidad las obras de Pascal, como paralelamente tampoco fue casual que nuestro filósofo aprendiera danés: si lo hizo fue para leer a Kierkegaard en su idioma original. Unamuno ha ido a buscar esos textos intencionadamente, movido por un interés muy especial, interés que más tarde se traduciría en un replanteamiento de los mismos presupuestos filosóficos. La intelectualidad francesa y española saben de este encuentro y lo respetan. El mismo Ortega escribió a Unamuno poco antes de enviar definitivamente a la imprenta el primer ejemplar de la *Revista de Occidente*, solicitando su colaboración en este sentido; el propósito de Ortega era la publicación en ese número del ensayo *La fe pascaliana*, que Unamuno escribiera en 1923 con motivo del tricentenario de Pascal. Este pequeño artículo había aparecido originalmente en francés en la *Revue de Metaphysique et de Morale*.

Don Miguel no puede por menos de asombrarse ante la figura de un Pascal que ha abandonado su primitiva intención científica para consagrarse a la fusión con lo divino en el corazón a través de breves pensamientos y pequeñas oraciones. Unamuno interpreta esa postura como la prueba de que se hace preciso despreciar el racionalismo como vía para el conocimiento de Dios; a partir de la actitud de Pascal se hace necesario entablar una guerra contra la lógica en la que sólo puede haber un vencedor: la razón o la vida.

Esa lucha agónica entre razón y vida conduce inexorablemente la existencia del hombre por el camino de la duda hacia un fin doloroso y trágico. El hombre queda enfrentado a un Dios que nace de la incertidumbre y al que se exige la salvación personal. ¿Y si Dios no contesta? Entonces sólo habrá dos opciones: arrojarse como en vértigo ciego en manos del *divertissement* y el suicidio o, por el contrario, afianzarnos en nuestra fe y convertirnos en nuevos caballeros de la fe en el más ortodoxo sentido kierkegaardiano. La Apuesta de Pascal está sobre el tapete de las posibilidades existenciales. Unamuno la recoge.

1. INDIVIDUALIDAD Y CORAZÓN COMO PREMISAS TEOLÓGICAS

Pascal es un pensador que llega a la filosofía después de haber recorrido con éxito los senderos de la ciencia y la matemática, y; sin

embargo —según él mismo nos confiesa— no siente ningún temor al decir que hasta el momento había estado equivocado¹. Intuyó desde su nueva postura que el pensamiento debía dirigirse hacia el estudio del hombre y de Dios y no hacia inciertas disciplinas abstractas (léase la misma matemática, por ejemplo), y por ello encaminó su reflexión hacia una filosofía humana, única disciplina que acaso le brindara un camino de profundización directa en los misterios del viviente humano.

Es a partir de este momento cuando Miguel de Unamuno entra en contacto con el pensamiento pascaliano para impregnarse de esa atmósfera de religiosidad y humanismo². El hombre real, el hombre enfrentado a la totalidad es el único que permite la consideración de un Dios sentimental. El infinito que busca Unamuno es el infinito interior, aquel donde Dios se manifiesta en el corazón del hombre de carne y hueso. Ese mismo infinito constituye el centro de reflexión de los «*Pensées*»: el Dios que se hace hombre dentro del corazón del hombre.

Los dos pensadores coinciden en afirmar que resulta difícil para un cristiano comunicar su vivencia de Dios. A este Dios se le siente de una manera individual, hay que mantener una especie de celibato espiritual para estar en verdadero contacto con El. Vivir en cristiano es vivir solo, «desnudo y en el desierto»³, como dice Unamuno. Y es posible que los dos filósofos hayan vivido solos y en el desierto como dos ermitaños prófugos o, como señala Pascal, asumiendo la espantosa distancia que nos separa de Dios y estando en la seguridad de haberse perdido como hombres en vertiginosa caída⁴. De ahí la necesidad de reencontrar a Dios en el vacío que rodea a la Humanidad.

2. ENFERMEDAD, CONGOJA Y RELIGIÓN

Para Miguel de Unamuno el sentimiento trágico de la vida nace de la conciencia de la propia enfermedad. La enfermedad es el motivo por el que se desencadena en el hombre la angustiosa preocupación por la existencia. El razonamiento unamuniano sería el si-

¹ PASCAL, B.: *Oeuvres complètes de Pascal*, p. 1104, pto. 144. Utilizamos el texto de las ediciones Gallimard. París, 1969. Con la sigla pto. queremos referirnos al número del pensamiento según la numeración de Brunschvicg, por ser la más universalmente aceptada. En adelante, al referirnos a esta obra utilizaremos OCP.

² UNAMUNO, M. DE: *Del sentimiento trágico de la vida*. Ed. Espasa-Calpe, Madrid, 1971, p. 9 (12.^a). En adelante, al referirnos a esta obra, utilizaremos STV.

³ UNAMUNO, M. DE: *Agonía del Cristianismo*. Editorial Losada. Buenos Aires, 1969, p. 87 (4.^a). En adelante citaremos esta obra con las siglas AC.

⁴ PASCAL, B.: OCP, pp. 1189-1190, pto. 431.

guiente: la historia de la Humanidad es la historia de lo enfermo, y puesto que la enfermedad es el principio lógico de la muerte, de ahí se deduce que la muerte es la compañera enamorada de nuestra existencia. No anda muy lejos esta reflexión de lo que Pascal ya había insinuado; Pascal dirá que nuestra enfermedad somos nosotros mismos y que se manifiesta en la intimidad como tedio y como tristeza. La historia de uno mismo, dice Pascal, es la historia de la propia enfermedad: tratamos de ocultarnos y ocultar el presente por no dejar abierta ante nuestros propios ojos la herida de nuestra insalubridad⁵.

El propio «yo» del hombre resulta odioso en Pascal, la condición humana no es otra sino la ignorancia y el aburrimiento. Estos mismos síntomas los padece sin duda la conciencia unamuniana. Para Unamuno, en definitiva, el hombre es un ser insano en tanto que está dotado de conciencia y la conciencia lo es de la enfermedad. Es inconcebible la idea de un hombre completamente sano porque si se diera ese caso se trataría de un demente. Un hombre sano es irracional en la medida en que su razón está bloqueada por falta de dolor humano, una conciencia de este tipo no sería una conciencia humana. La conciencia es de por sí enferma porque enfermiza es la necesidad del conocimiento y de esta manera la salud no puede entenderse sino como irracionalidad⁶.

Por tanto, no es aventurado advertir esa comunidad de planteamientos sobre los que se va a edificar el pensamiento de cada uno de los dos autores. Desde este pilar de la conciencia enferma se va a erigir el gran edificio de la filosofía trágica, tanto en Pascal como en nuestro pensador español. Los dos filósofos están de acuerdo en que si la condición humana fuese realmente feliz no tendría éste ninguna necesidad de preguntarse nada acerca de ella. Son el dolor y la tragedia los que dan sentido a la preocupación filosófica y la filosofía se convierte así en una ciencia de la tragedia⁷.

Sigamos un poco más de cerca los razonamientos pascaliano y unamuniano. ¿Qué significado tiene entonces el dolor? El dolor aparece como la fuente oculta de la salud. Dirá Unamuno, ratificando

⁵ «Que chacun examine ses pensées, il les trouvera toutes occupées au passé ou à l'avenir. Nous ne pensons presque point au présent; et, si nous y pensons, ce n'est que pour en prendre la lumière pour disposer de l'avenir. Le présent n'est jamais notre fin: le passé et le présent sont nos moyens; le seul avenir est notre fin. Ainsi nous ne vivons jamais, mais nous espérons de vivre; et, nous disposant toujours à être hereux, il est inévitable que nous ne le soyons jamais.» PASCAL, B.: *OCP*, p. 1132, pto. 172.

⁶ «Porque vivir es una cosa y conocer otra, y como veremos, acaso hay entre ellas una tal oposición que podamos decir que todo lo vital es antirracional, no ya sólo irracional, y todo lo racional, antivital. Y ésta es la base del sentimiento trágico de la vida.» UNAMUNO, M. DE: *STV*, p. 33.

⁷ UNAMUNO, M. DE: *STV*, p. 235.

a Pascal, que es posible que la única salud sea la muerte⁸, como Don Quijote, que únicamente vuelve a la cordura en el momento de morir. El hombre que vive sufriendo —señala Unamuno— vive en la esperanza de la salud y el dolor constituye la manifestación más inmediata de su conciencia; el hombre enfermo se siente vivo en tanto que sufriendo, su sufrimiento es su vida y la salud su muerte. El dolor físico es el medio a través del cual nuestro cuerpo se manifiesta como existente, y en el mismo sentido se expresa Pascal al señalar que mediante la enfermedad el cuerpo se sabe como tal cuerpo⁹. La concordancia de planteamientos no puede ser más evidente. Y aún es más evidente cuando Unamuno insiste en el máximo grado de dolor humano: la angustia espiritual. Por medio de la angustia espiritual llegamos al verdadero descubrimiento de la muerte y entramos con ello en la «pubertad espiritual», que no es otra cosa sino el reflejo de nuestra alma, ya que por la angustia nos sabemos humanos y por medio de ella captamos el sentimiento trágico de la vida¹⁰. A través del descubrimiento de la muerte engendramos al Dios vivo. Dios mismo se nos revela por la muerte desde el momento en que Cristo muere en la cruz para manifestar al hombre su Verdad.

Y va Miguel de Unamuno más allá todavía: la desesperación es, en suma, la fuente del conocimiento de todo lo que somos y de lo poco que sabemos de Dios. La congoja espiritual se sitúa como la raíz misma de nuestra voluntad enferma, el gran motor que pone en marcha todas nuestras acciones éticas, estéticas y lógicas. Pascal representa para Unamuno el prototipo ideal de hombre agónico en la medida en que toma conciencia de su propia miseria y trata de que no se convierta ésta en una ceguera absolutamente improductiva.

El cristianismo, en definitiva, es sólo definible en términos agónicos, ya que de su propio desconsuelo surge la posibilidad del consuelo, como de la enfermedad la salud. Se trata de una agonía que es toda ella esperanza. ¿Qué puede hacer el hombre sin esta esperanza que surge de la agonía? —se preguntaba el filósofo de Clermont—. Y él mismo respondía: ya que la naturaleza está corrompida, el hombre tiene que mantener una sombra de esperanza en Cristo; fuera de El sólo existe la miseria, las tinieblas y la desesperación. Unamuno se aferra a esta idea y encuentra en ella la única

⁸ «Notre nature est dans le mouvement; le repos entier est la mort.» PASCAL: *OCP*, p. 1137, pto. 129.

⁹ PASCAL, B.: *OCP*, p. 1131, pto. 109.

¹⁰ «Todo esto que confieso son, bien lo sé, miserias; pero del fondo de estas miserias surge vida nueva, y sólo apurando las heces del dolor espiritual puede llegarse a gustar la miel del poso de la copa de la vida.» UNAMUNO, M. DE: *STV*, p. 49.

salida al dolor espiritual. Dios sufre y muere como los hombres, la divinidad no puede entenderse sino sufriendo¹¹, porque el dolor es vida. Este es el Dios de Unamuno y el Dios de Pascal, muy lejos de ese *ens realissimum* que reduce su esencia a pura idea lógica o metafísica. Por eso, dirá Pascal, estamos obligados a amarle, porque solamente el Dios cristiano pone remedio a la terrible impotencia del hombre. Unamuno considera que esta Verdad es la raíz misma de la voluntad, y en este punto es inevitable recordar unas palabras semejantes de Pascal: nadie es tan feliz como un cristiano, tan amoroso, tan razonable, y esto precisamente porque es una doctrina que nace de la conciencia de la propia miseria¹².

Pascal es suficientemente explícito cuando afirma que no podemos conocer a Dios más que a través del dolor. Si no tenemos en cuenta nuestra miseria nuestro conocimiento de Dios se convierte en orgullo, del mismo modo que nuestro conocimiento de la miseria sin el de Dios es causa profunda de desesperación. El pensamiento de Unamuno se encuentra en esta misma línea: el hombre acongojado es consciente de que por su dolor más íntimo se descubre, se sabe, y sobre todo sabe que la existencia está abocada a la muerte. El dolor nos revela a Dios porque en este dolor empezamos a amarle. De ahí vendría la idea pascaliana de que la verdadera religión debería mostrar al hombre su grandeza y su miseria¹³. Unamuno comparte plenamente estas palabras. Los textos de Unamuno se tiñen en este momento de un sentimiento trágico y convulsivo, y ello hasta tal punto que llegará a decirnos que debemos pedir a Dios que se nos manifieste a través del dolor, que permita que nosotros mismos nos descubramos en la congoja y en la enfermedad.

3. DEL «DIVERTISSEMENT» A LA NECESIDAD DE INMORTALIDAD

El viviente humano se nos ha revelado en manos del azar y la muerte. El hombre —dice Unamuno— hace esfuerzos por escapar

¹¹ «... de ti aprendimos divino Maestro de dolor, dolores que surten esperanzas. Tú gustaste dolor que al hombre mata; así sufriendo nos mataste el temor...»

UNAMUNO, M. DE: *El Cristo de Velázquez*, Espasa-Calpe, Madrid, s/f, pp. 32-33 (5.ª).

¹² «Nul n'est heureux comme un vrai chrétien, ni raisonnable, ni vertueux, ni aimable.» PASCAL, B.: *OCP*, p. 1301, pto. 541.

¹³ «Il faudrait que la vraie religion enseignât la grandeur, la misère, portât à l'estime et au mépris de soi, à l'amour et à la haine.» PASCAL: *OCP*, p. 1204, pto. 494.

a esta terrible verdad y no puede; el hombre camina por una estrecha tabla sobre el abismo insondable sintiendo el vértigo de su destrucción¹⁴. En realidad trata de huir de sí mismo, desea no sentir que la realidad de su vida gira en torno a la aniquilación. Estamos entonces en el camino del libertino pascaliano. Pascal no comprende cómo los hombres pueden pasar la vida «persiguiendo una pelota o una liebre»... Si lo hacen es porque no pueden soportar la idea de su propia miseria. El libertino pascaliano pierde su tiempo en el *divertissement*, pero sería el ser más desgraciado del mundo si estuviera privado de su juego, porque entonces se descubriría a sí mismo en su miseria íntima.

Unamuno piensa en este punto que puede comprenderse la postura del suicida. El suicida busca su muerte para escapar a su tragedia de existente. Aquí vendría Unamuno a dar la razón a Schopenhauer: el suicidio no conduce a nada, la Voluntad permanece. Nadie puede huir de sí, acaba confesando el pensador vasco. La única lucha contra la muerte es mantenerse en la esperanza de que existe un mundo de ultratumba donde al fin reposar todo el dolor.

He aquí el eje central de todas las reflexiones de Miguel de Unamuno. El único problema de la filosofía debe ser nuestro destino personal, es decir, la posible o imposible inmortalidad de nuestra alma. Y encontramos aquí de nuevo un planteamiento semejante en los *Pensées*: el hombre es un punto perdido en la inmensidad infinita del espacio, un ser condenado a la inflexibilidad del tiempo, y por lo mismo condenado a la muerte, a la extinción. Si no existe Dios y nos salva, todo se ha perdido para el hombre. ¿Qué importa ante esto —se pregunta Pascal— que se profundice o no en la teoría de Copérnico, si lo único que debe preocuparnos es si nuestra alma es o no inmortal?¹⁵ Pascal tachará de falsos, del mismo modo que hace Unamuno, a todos los filósofos que no someten a estudio este problema. Nuestra miseria es tan grande, estamos tan de continuo amenazados por la muerte, que llega a convertirse en una monstruosidad nuestra indiferencia con respecto a nuestro destino personal¹⁶.

¹⁴ «... y vemos que nos van a faltar fuerzas, y hacemos desesperados esfuerzos por ver claro y despejarnos y por cobrar fuerzas, y estos esfuerzos nos agotan más. Debe de ser terrible hacer esfuerzos por cobrar esfuerzos.» UNAMUNO, M. DE: *Diario íntimo*, Alianza Editorial, Madrid 1970, pp. 104-105 (2.ª). En adelante utilizaremos *DI*.

¹⁵ PASCAL: *OCP*, p. 1181, pto. 218.

¹⁶ «Il ne faut pas avoir l'âme fort élevée pour comprendre qu'il n'y a point ici de satisfaction véritable et solide, que tous nos plaisirs ne sont que vanité, que nos maux son infinis, et qu'enfin la mort, qui nous menace à chaque instant, doit infailliblement nous mettre dans peu d'années dans l'horrible nécessité d'être éternellement ou anéanti ou malheureux.» PASCAL: *OCP*, p. 1174, pto. 194.

Nada produce en el hombre tanto temor como la idea de eternidad, continúa Pascal. El tiempo de la vida es apenas un instante, mientras que el estado de la muerte es eterno. Unamuno añadirá que no sólo se trata de un problema de los filósofos, sino que afecta a todos y cada uno de los hombres de carne y hueso, hombres que no quieren morir del todo y que su vida es un esfuerzo agónico por seguir siendo hombres^{17 18}. No creemos estar errando al afirmar que ésta fue la constante vivencial de Miguel de Unamuno. Quizá por eso nos confiesa en *Cómo se hace una novela* que cuando se situaba ante las páginas blancas de un libro por escribir lo que buscaba su espíritu era seguir viviendo, darse la vida, arrancarse de las garras de la muerte a cada instante¹⁹.

Si a Pascal le aterraba el silencio eterno de los espacios infinitos, a Unamuno le aterra el horror de la nada, el abismo vacío donde acaso ni la filosofía tiene nada que decir. De esa nada brota la necesidad de constante perennidad, la vida sólo llega a comprenderse a partir de la muerte. Se trata de conocer la nada para llegar a dominarla desde sí mismo. Y ¿por qué la filosofía no tiene nada que decir en este asunto? El motivo es sencillo para Unamuno: todas las elucubraciones lógicas y racionales que trataran de justificar el anhelo de inmortalidad no pasarían de ser mera sofistería. Pero hay otro motivo más importante que no podemos dejar de considerar: la fe en la inmortalidad del alma es irracional.

4. INCERTIDUMBRE Y CONTRADICCION

Si hemos definido la vida como tragedia, parece lógico pensar que tal tragedia se manifiesta como lucha, o al menos como «tensionalidad». Y esto hay que entenderlo en el sentido de la oposición que se establece entre la razón y el corazón en el tema de la inmortalidad del alma, que es, como anteriormente se ha señalado, el sustrato último y fundamental de todo el aparato filosófico de Blaise Pascal y Miguel de Unamuno. Pascal había manifestado en *Pensées* que la contradicción y la duplicidad definen al sujeto humano²⁰ y que el hombre humilde es el que reconoce esta situación. El hombre se encuentra perdido y ninguna gnoseología puede mostrarle su lugar natural: la inquietud le invade y se siente víctima de las tinie-

¹⁷ «Nuestra vida espiritual no es, en el fondo, sino el esfuerzo de nuestro recuerdo por perseverar, por hacerse esperanza, el esfuerzo de nuestro pasado por hacerse porvenir.» UNAMUNO, M. DE: *STV*, p. 15.

¹⁸ «C'est une chose horrible de sentir s'écouler tout ce qu'on possède.» PASCAL, B.: *OCP*, p. 1181, pto. 212.

¹⁹ UNAMUNO, M. DE: *Cómo se hace una novela*, Biblioteca Básica Salvat, Navarra, 1982, p. 137.

²⁰ PASCAL, B.: *OCP*, p. 1135, pto. 377.

blas. El hombre pascaliano anhela la verdad y en derredor suyo no encuentra más que la incertidumbre y la contradicción. Este mismo es el pensamiento de Miguel de Unamuno: un hombre inmiscuido en la lucha espiritual y física de la vida, un hombre que a veces afirma contrarios porque realmente piensa contrarios. La guerra entre el corazón y la cabeza le hunde en la permanente duda²¹, y eso no le importa demasiado porque pensará con Pascal que ni la contradicción es señal de falsedad ni la no contradicción es prueba de verdad²².

Nos encontramos en ambos pensadores ante la oportunidad de vivir el conflicto apasionadamente. Para el filósofo de Clermont, negar y duda es tan constitutivo del hombre como lo es el correr para el caballo; todas nuestras verdades admiten siempre la verdad contraria. A Unamuno, por su parte, no le parece tan terrible vivir en contradicción y adopta como suyas aquellas palabras de Pascal según las cuales es a través de la contradicción como se puede llegar a un auténtico conocimiento del fenómeno religioso²³. La busca de la verdad no puede ser pacífica; requiere tensión y lucha, y es ahí donde la vida encuentra la paz que apetece.

Evidentemente, estamos muy lejos de esa otra duda fría, inexpresiva y artificiosa que postulara Descartes. La duda cartesiana es una duda de la que se vale el filósofo «racionalista» como instrumento para sus pretensiones metafísicas. Nada tiene que ver la incertidumbre pascaliana y unamuniana con la duda cartesiana, a la que irónicamente Unamuno denomina «duda de estufa». No puede ser una duda metódica la lucha sangrante que se establece entre la razón y la vida. Recordemos en este momento los dos tipos de ignorancia que Pascal distingue perfectamente: el hombre sabio es aquel que después de haber recorrido los senderos de la ciencia confiesa que no sabe nada; pero existe ese otro «hombre sabio» que se dispone a salir de su primera ignorancia natural, pero que no llega a la ignorancia sabia y considera que la ciencia adquirida le ha librado de su primigenia torpeza. No es difícil que Pascal estuviera pensando en Descartes al redactar estas palabras. Unamuno lo insinúa claramente cuando señala que esta duda suya es pasional, es el conflicto irresoluto entre razón y corazón, entre ciencia y vida. La cien-

²¹ «Se me dirá que ésta es una posición insostenible, que hace falta un cimiento en que cimentar nuestra acción y nuestras obras, que no cabe vivir en contradicciones, que la unidad y la claridad son condiciones esenciales de la vida y del pensamiento, y que se hace preciso unificar éste. Y seguimos siempre en lo mismo. Porque es la contradicción íntima precisamente lo que unifica mi vida, le da razón práctica de ser.» UNAMUNO, M. DE: *STV*, p. 193.

²² PASCAL, B.: *OCP*, p. 1154, pto. 384.

²³ «Toutes ces contrariétés, qui semblaient le plus m'éloigner de la connaissance d'une religion, est ce qui m'a le plus tôt conduit à la véritable.» PASCAL, B.: *OCP*, p. 1204, pto. 424.

cia habría tendido a aniquilar el concepto de personalidad y a destruir los sentimientos del espíritu, y éste se revuelve contra el manejo de la razón científica y proclama su autonomía con respecto a ella.

5. RAZON FRENTE A SENTIMIENTO

En definitiva, para Unamuno, no se pueden conciliar las necesidades vitales con las afectivas, lo mismo que aquella afirmación pascaliana según la cual los sentimientos naturales desaparecen por la razón²⁴. La razón, muy lejos de crear, lo que intenta es destruir todo aquello que la fe construye; es la fe el verdadero poder creador del hombre. La sagacidad verbal de don Miguel nos desborda en este sentido. La fe en Dios es crear a Dios, creer en Dios. Dios se crea en nosotros porque nosotros le creamos. Unamuno está motivando a obrar como si se creyera, es el *faire comme si* pascaliano. ¿Quieres creer? —preguntará—, pues compórtate como si ya creyeras.

Lo característico de la fe unamuniana es que se mueve en un mar de incertidumbres, y eso es lo que la diferencia de cualquier otro tipo de conocimiento. La fe es confianza, no una teoría racional. El racionalismo nos ha hecho creer que el hombre es un animal racional, pero Unamuno no puede estar de acuerdo con este postulado; lo que diferencia al hombre del resto de los animales es su capacidad afectiva, el sentimiento, y en ningún caso la razón. Unamuno está a la base de un cierto irracionalismo heredado de Schelling y su línea de pensamiento que defiende que lo realmente real es irracional²⁵. Porque, en suma, la razón es enemiga de la vida; la inteligencia, como tal, tiende a la muerte, mientras que lo vivo es ininteligible.

El pensador vasco entiende que la lógica se ha convertido en un círculo vicioso que sólo es capaz de operar sobre las mismas premisas continuamente; en ningún caso nos da premisas nuevas, con lo que nos convierte en esclavos de sus postulados y de la razón en general²⁶. Pascal, que sin duda alguna conserva su mentalidad matemática, advierte en sus escritos de la peligrosidad de someterlo todo a la razón, puesto que ésta no puede dar cuenta del contenido misterioso y sobrenatural de la religión, pero a la vez nos previene contra una ofensa descarada a lo racional, ya que sin la razón la

²⁴ PASCAL, B.: *OCP*, p. 1122, pto. 95.

²⁵ UNAMUNO, M. DE: *STV*, p. 64.

²⁶ «En nombre de la lógica condenaría un pueblo de sordos al único que oyera, sin que hubiese medio de que éste les convenciese.» UNAMUNO, M. DE: *DI*, pp. 110-111.

religión desemboca en el ridículo²⁷. Pero Unamuno no puede admitir esta postura intermedia; para él, no se puede creer con la razón, sino contra ella. La fe religiosa no es ya irracional, es contrarracional. Sólo por lo contrarracional nos dirigimos a la esperanza de que en nosotros queda siempre algo irreductible a la razón.

6. DIOS DE LA RAZON Y DIOS DEL CORAZON. APUESTA Y LOCURA NECESARIAS

Los intereses de la razón y de la fe son irreconciliables en la filosofía de Miguel de Unamuno. El fin de la vida es vivir y el de la razón comprender, y por ello es preferible quedarse en el conflicto permanente. Es entonces, en medio de esta profunda desolación, cuando creamos a Dios en nosotros. La razón es incapaz de crear, la fe sí; la razón sólo puede crear una nada que a ella misma sobrecoge.

La razón habría tratado de crear, a lo largo de la historia de la filosofía, un Dios racional, una pura Idea, es decir, un Dios-Nada²⁸, incapaz de salir del mundo de lo fenoménico, de lo vacío. Pero, a los ojos de Unamuno, este Dios bien poco tiene que ver con el Dios vivo de la fe cristiana; es un Dios-Concepto, cartesiano, sin corazón. El Dios de la fe arranca de una natural contraposición al Dios racional, es un Dios vivo, un Dios contra la razón. La concepción racional de Dios resulta contradictoria porque la fe en Dios es querer que Dios exista y la razón no puede querer nada que no pueda ser demostrado. El Dios de la razón se exige a sí mismo pruebas lógicas de su existencia, y se le llama «motor inmóvil», «razón suprema», con lo que para Unamuno queda demostrado que este Dios no tiene cabida fuera de la mente de quien en un momento lo concibe. Ese Dios-Razón se destruye a sí mismo en nosotros, porque no es un Dios del corazón. El Dios del que Unamuno tiene sed es un Dios personal, un Dios-Conciencia que no tiene cabida en las razones matemáticas²⁹.

²⁷ «Si on soumet tout à la raison, notre religion n'aura rien de mystérieux et de surnaturel. Si on choque les principes de la raison, notre religion sera absurde et ridicule.» PASCAL, B.: *OCP*, p. 1089, pto. 273.

²⁸ UNAMUNO, M. DE: *DI*, p. 15.

²⁹ «No es la razón humana, en efecto, razón que a su vez tampoco se sustenta, sino sobre lo irracional, sobre la conciencia vital toda, sobre la voluntad y el sentimiento; no es esa nuestra razón la que puede probarnos la existencia de una Razón Suprema, que tendría a su vez que sustentarse sobre lo Supremo Irracional, sobre la Conciencia Universal. Y la revelación sentimental e imaginativa, por amor, por la fe, por obra de personalización, de esa Conciencia Suprema, es la que nos lleva a creer en el Dios vivo.» UNAMUNO, M. DE: *STV*, p. 136.

Es innegable, dice Unamuno, que el hombre es poseedor de un elemento irracional e ilógico que no puede dominar; desde él se crea a Dios. El hombre de la fe ha creado a Dios, quiere que Dios exista y reza para que su razón no se interponga en este acto de creación; no necesita más pruebas de su existencia. Pascal dirá que el Dios de los cristianos sólo exige humillación de fe y verdadera sumisión³⁰; es un Dios que se manifiesta al hombre sin cordura ni señal razonable, sino por la cruz y la locura. A la esencia de ese Dios se llega —señala Unamuno— después de haber renunciado al Dios lógico.

Sabemos que Dios existe, pero desconocemos su esencia, su existencia y su naturaleza. A Dios sólo se le conoce por la fe. «¿A qué apostar?» —se preguntará Pascal—. ¿Cómo apostar desde la duda y la enfermedad? Es preciso apostar, y hay que hacerlo, sin vacilar, a que Dios existe. Cuando no tenemos más remedio que jugar es preciso que renunciemos a la razón para salvar la vida³¹.

³⁰ «Jésus-Christ est un Dieu dont on s'approche sans orgueil, et sous lequel on s'abaisse sans désespoir.» PASCAL, B.: *OCP*, p. 1300, pto. 528.

³¹ «Et ainsi, quand on est forcé à jouer, il faut renoncer à la raison pour garder la vie, plutôt que de la hasarder pour le gain infini aussi prêt à arriver que la pertu du néant.» PASCAL, B.: *OCP*, p. 1214, pto. 233.